

podian cubrirse sino con treinta mil. El padre Ugarte no aceptó este irrisorio recurso. Para paliar esa conducta, no se titubeó en calumniar á los padres con sospechas sobre su manejo. Se llegó hasta decir que habian hecho perecer el "San Fermin" para tener pretexto de obligar al tesoro real á nuevas exacciones. No fué difícil al padre Salvatierra desmentir esas calumnias. Entonces se pretendió exigirle la presentacion del poder ó autorizacion en cuya virtud pasó á California y la habia, por decirlo así, conquistado. El poder fué presentado; nada se especificaba en él acerca del punto de subsidios del erario real. Era muy fácil probar que si no habian sido necesarios esos subsidios para hacer la conquista, sí lo eran para conservarla. Y, no obstante estos debates, las necesidades eran mas imperiosas; los plazos se alargaban bajo diversos pretextos. Fué ofrecido un buque pero á condicion de que el padre Ugarte lo pagase si el rey no ratificaba la concesion. Los padres no tenian medios de hacer esos desembolsos anticipados. Por lo mismo no se les dió ni buque ni cosa alguna. Cansados de tanta negativa, solicitaron en vano certificados que acreditasen sus servicios á fin de dirigirse á la corte.

En Madrid se habian recibido noticias sobre las expediciones de los jesuitas en California. Una señora, la condesa de Galves, vireina que habia sido en México, apoyó ante el consejo de Indias la católica y nacional causa de los misioneros. Se prometió facilitarles recursos, pero antes que pudieran ser enviados murió la con-

desa. El mismo rey Carlos II, último y débil vástago de la casa de Austria, sucumbió á sus enfermedades y no se pensó mas en la California.

## CAPITULO IX.

### REINADO DE FELIPE V.

El nieto de Luis XIV, al ascender al trono de España, no podia permanecer indiferente á estas conquistas tan gloriosas para la religion y para la patria. Desde el primer año de su reinado (1701) dirigió al nuevo virey (arzobispo de México), al obispo y á la audiencia de Guadalajara, formales órdenes en favor de esta importante expedicion, usando de palabras llenas de reconocimiento y afeccion por los misioneros que se consagraron á tan digna empresa. La misma reina Luisa de Saboya, aquella gran princesa que vivió largo tiempo para dicha de la España y del rey, quiso tambien manifestar su estimacion por esos intrépidos conquistadores. Dirigió, durante la guerra que Felipe V sostuvo en el Norte de la España, una notable orden en la cual leemos, entre otras, estas palabras,

fiel resumen de lo que los jesuitas habian hecho en la California:

“El provincial de la Compañía de Jesús ha representado que hace ya mas de cinco años que algunos misioneros de su orden emprendieron la conquista espiritual y temporal de la California; que en el mes de Agosto del año pasado, 1701, sometieron á los indigenas, en una extension de cincuenta leguas, á una obediencia fija, y que fundaron dos villas en las que se contaban mas de 600 cristianos, la mayor parte niños, y 8000 catecúmenos adultos; y que en medio de estos buenos resultados, obtenidos sin gravámen del erario real, sino por la solicitud y trabajo de los misioneros y las donaciones de personas piadosas, hasta que les fué asignada la suma de seis-cientos pesos anuales que debian suministrarse por la tesorería de México, temiendo algunas rebeliones de parte de los indigenas, cuyo descontento aumenta todos los días, convenia tomar todas las precauciones posibles todo lo que pudiese perjudicar esa grande empresa; y me ruega á este fin que ordene lo que juzgue oportuno. Y aunque en mi orden de 17 de Julio del expresado año 1701, he enviado instrucciones particulares al gobierno en orden á lo que deba hacerse para asegurar la conquista de la California y formar en ella los establecimientos necesarios, he resuelto, por mi real orden de 11 de este mes, renovar las mismas instrucciones, haciéndoo saber, al mismo tiempo, que me son muy gratas esas noticias, á causa de las grandes ventajas que pueden esperarse del celo ardiente

de los misioneros de la venerable Compañía. Os ordeno, por lo mismo, que les presteis ayuda y los favorezcáis en todo aquello que pueda contribuir á su bienestar, á su satisfaccion y al logro del piadoso designio á que se encaminan sus trabajos y fatigas.”

No obstante las expresas instrucciones reales tan claramente explicadas, el gobierno de México, ocupado de los negocios de Panzacola y de la conquista de Tejas, descuidó enteramente el de California. A estos motivos mas ó menos plausibles se añadieron otros menos honrosos. Se tenia una secreta envidia del buen resultado obtenido por los jesuitas. Se les atribuian miras ambiciosas y de codicia; no se podian persuadir de que arrostrasen tantos peligros, miserias y disgustos por solo la gloria de Dios y el bien de la humanidad. Algunos de los expedicionarios se habian hecho ricos mientras que los padres permanecian pobres; se decia que esta pobreza era aparente. Todos estos rumores, absurdos como eran, no dejaron de producir alguna impresion en la credulidad del público; y como si no fuesen bastantes tantas contradicciones, tantas pruebas y tantos obstáculos, los padres tuvieron que sufrir tambien por parte de la guarnicion militar. El capitán Garci de Mendoza, indigno sucesor del leal Tortolero, cansado de obedecer á jefes religiosos que protegian á los indigenas contra su dureza y codicia, dirigió amargas quejas al virey contra los padres Salvatierra y Piccolo. Afortunadamente estas quejas se hacian sospechó-

sas desde luego por cuanto á que en la misma carta les daba el nombre de santos apóstoles y querubines. Concluia pidiendo que fuesen tratados como ilusos, y encarcelados por haber intentado empresa tan romanesca é insensata. Fácil es comprender el mal efecto de todas estas intrigas, de estas malas prevenciones reunidas. El resultado fué que el celo de la autoridad y el de los particulares se resfrió, y todo ello produjo la debilitacion de las misiones.

La guarnicion de Loreto se redujo á doce soldados que no quisieron abandonar á los padres; los indigenas conspiraban á menudo haciendo peligroso el estado del país, é impedian que se bautizase á los adultos.

Viendo el padre Ugarte (I) que nada podia esperarse del gobierno, reunió el dinero que pudo y resolvió ir á la California á pasar sus últimos dias en esa tierra tan querida para su corazon. A fuerza de instancias logró de sus superiores que enviasen el bajel "San José"

1 En una carta del 3 de Octubre de 1700, el padre Salvatierra, después de decir á su amigo el agente en Guadalajara que habia despedido 18 soldados, agrega: "Para licenciar á los otros no aguardo mas que la última resolución de la audiencia de México, á la cual he enviado mi última protesta. Después que hayamos despedido á toda la tropa, consultaremos sobre los medios de liquidar nuestras deudas; y si por falta de tropas nuestros hijos los californios nos envian á dar cuenta á Dios de nuestra conducta, nuestra Señora de Loreto cuidará seguramente de pagarlas por nosotros.

que estaba construyéndose hacia como dos años y que aun no estaba concluido; hecho esto, y dejando la mision al padre Alejandro Romano, partió de México. Después de una travesía de 400 leguas llegó al rio Hiaqui en donde no encontró al padre Juan María, lo que le desagradó mucho. Estimulado por su celo continuó su marcha hácia Loreto en un buque viejo, llegando por fin á abrazar al padre Piccolo, á quien halló rodeado de sus soldados en muy deplorable situacion; esto pasaba el dia de S. José, á quien habia invocado. No habian recibido ni víveres ni aun noticias desde el mes de Octubre y ya se estaba á fines de Marzo. Las provisiones que el padre Ugarte habia hecho embarcar se hallaban en el "Javier". Esta embarcacion fué detenida en el mar por los vientos, y no arribó sino algunos dias después.

En el mes de Octubre de 1700, el padre Salvatierra habia venido á Sonora para verse con el padre Knio que tenia el proyecto de evangelizar la California. Las necesidades de las misiones y su celo por el bienestar de los pobres lo retenian allí como en cautividad. Para esos dos apóstoles, grandes corazones y vastas inteligencias, no bastaba el presente, se apoderaban tambien del porvenir. En nada pensaban menos que en repartirse el trabajo para evangelizar esas inmensas comarcas; el uno codiciaba todas las provincias contiguas al mar del Sur, al Norte de la California, el otro deseaba todo el interior hasta las regiones opuestas al puerto de Monterey y al cabo Mendozimo.

## CAPITULO X.

## SONORA.

Confinando al Mediodía con las llanuras de Pinceria, vastos desiertos de arena, la provincia de Sonora, situada al Este de la California, está separada de ella por el golfo del mismo nombre. La última mision fundada sobre la costa es la de la Concepcion de Caborca, que fué enteramente destruida por los salvajes en 1751. Los padres Tomás Tello y Enrique Rohen tuvieron la gloria de derramar allí su sangre por la fe; pero la muerte de estos ilustres apóstoles fué un golpe mortal para la religion de esos cantones. Esta provincia tiene cerca de 530 leguas de extension; está habitada por diferentes naciones indígenas, tales como los opatas, topas, tegeuxiamas, paymas inferiores, séris, tépocas y guaymas. Veinticuatro misiones de jesuitas fueron allí establecidas, y para su reduccion opuso muchas dificultades la revuelta de 1751.

Nada mas rico y al mismo tiempo mas pobre que la provincia de Sonora; rica por sus montañas de plata, casi maciza, y por la fecundidad de su suelo; pero pobre en extremo por la escasez de habitantes, la falta de industria, la

mala administracion de justicia y la ignorancia de los medios de exportacion. El oro y la plata tienen allí tan bajo precio que se necesitan gruesas sumas para procurarse lo preciso. ;Tan cierto así es que la felicidad de las naciones no consiste en la opulencia de sus tesoros metálicos! Así, por una misteriosa disposicion de la Providencia, los pueblos que solo cosechan oro son condenados á languidecer cerca de sus inútiles tesoros, de la misma manera que el avaro se deja á veces morir junto de sus cofres henchidos y cerrados.

Algunos vireyes, y, sobre todo, el arzobispo de Quiroga, propusieron y lograron que se adoptaran medidas que asegurasen por un momento la dicha espiritual del país. Pero esta próspera situacion no duró mucho tiempo. Comenzaron las vejaciones de todo género, á despecho de las leyes que ordenaban que el trabajo de las minas alternase siempre con el de la agricultura, de manera que no agotase las fuerzas de los mineros. En vano reclamaban justicia los misioneros que por su parte se hallaban expuestos á cada momento á las calumnias y vejaciones de las autoridades instituidas precisamente para administrar justicia. Sus justas quejas les enajenaban la voluntad de esas mismas autoridades cuya cooperacion era por otra parte tan útil para la conversion de los indígenas. A los memoriales que presentaban en favor de su causa solo se acordaban dilaciones y denegaciones de justicia. Los idólatras, libres aun, rehusaban el yugo del Evangelio te-

miendo caer en la esclavitud si se hacian cristianos.

¡Ah! lo que el poder espiritual emprendia y consumaba con tan buen resultado en favor de esos pueblos infantiles aun, el poder temporal, codicioso, ciego, implacable, lo destruia por los inicuos tratamientos que hacia sentir á esos desgraciados. Era tal su crueldad, que se veian obligados á rebelarse. Muchas veces se echaba mano de ese pretexto para reducir á la esclavitud y obligar al trabajo de las minas aun á los mas inofensivos y pacíficos. ¿Cuál era el resultado? Que esos infortunados indigenas, desesperados, se daban la muerte para sustraerse de la esclavitud. ¡Feroçes conquistados, ya os saciariais! Queriais oro, pues este abunda á vuestros piés; pero habeis hecho de aquel país un desierto, los habitantes huyen de vosotros y la naturaleza os rehusa sus mas dulces producciones. Sufrid y morid en esa tierra tan dura como vuestros corazones. Ese suelo no tiene, sino como vosotros, metales en sus entrañas.

Felizmente la mano de la religion, allí como en todas partes, se encuentra siempre dispuesta á reparar los agravios, desterrar los errores, curar los males que causa la mano de los hombres. Una sola mision quedaba en esta triste provincia de Sonora, y aun estaba próxima á concluir, cuando apareció el padre Eusebio Francisco Knio, en 1687 (1). Dejemos ha-

1 El lector notará que retrocedemos, pero el interés del asunto nos impone á veces la necesidad de vol-

blar aquí á un contemporáneo, escritor brillante que no ha tomado la pluma precisamente para glorificar á los misioneros evangélicos, pero que en su amor por la verdad y en su admiracion por los hechos de abnegacion, tributa un bello homenaje al padre Eusebio Knio.

“Recorramos brevemente los trabajos de algunos de esos hombres infatigables que duermen el sueño eterno y no han visto el fruto de sus fatigas. El primero que se presenta es el intrépido compañero de Antillon, el padre Francisco Knio, que es considerado como un hábil cosmógrafo y que ciertamente era un infatigable explorador. Nacido en Alemania, (aunque después se dió á su apellido una terminacion española); entró á la Orden de los jesuitas y dejó una cátedra de matemáticas que servia en Ingoldstad, en Baviera, para entregarse á las misiones. Al obrar así ponia en ejecucion, segun se dijo, un voto que en época anterior habia hecho al apóstol de las Indias, San Francisco Javier. Se ha dicho ya que formó parte de la mision en 1683, y que durante esta primera expedicion sembró, por decirlo así, para el porvenir. Poco después se asoció con el padre Juan María Salvatierra; le vemos primero director de las misiones de Sonora, provincia contigua á la California. Allí fundó algunas poblaciones é hizo que los indigenas se dedicasen á la agricultura; se hizo adorar de las tri-

ver atrás y ocuparnos de nuevo de acontecimientos de una época anterior.

bus salvajes porque poseia el arte de persuadir. Nuevo Las-Casas, trabajó para con el rey Carlos II por la independencia de los indios. En 1694 fundó la mision de Caborca. Mas tarde, y cuando se asoció al padre visitador de que hemos hecho mencion, emprendieron inmensos viajes á México, sin fruto, mas la perseverancia de esos hombres extraordinarios supo triunfar de todo obstáculo, y cuando en 1697 el padre Salvatierra se asoció con el padre Juan Ugarte, profesor de filosofía en el colegio de México, la suerte de las misiones de la California fué asegurada.

“En 1697, nuestra Señora de Loreto fué fundada y vigorosamente rechazadas las agresiones de los indígenas. Puede formarse idea de lo que debió sufrir de parte de los españoles, las depredaciones de estos últimos ocasionaron la ruina de los establecimientos formados. En vano pidió y obtuvo de la audiencia de Guadalupe excencion de los trabajos de minas durante cinco años para los recién convertidos; en vano el rey Carlos II prorogó esta excencion por veinte años; no se respetaron esas inmunidades tan conformes á la caridad y la política. Apenas el pobre padre administraba el bautismo á algunos centenares de indígenas cuando eran arrancados á su ternura para sepultarlos por siempre en las profundas tinieblas de la mina: apenas recibian la luz de la fe cuando eran privados de la del sol. El bárbaro poder que obraba de esa manera, habrá ya respondido ante Dios de la desesperacion de tantas almas que

acaso han maldecido la hora en que recibieron el bautismo, y sin embargo, ¡oh prodigio de caridad! cuando el padre Salvatierra fué á Pimeria en 1690, el padre Knio pudo todavía mostrarle poblaciones enteras fundadas, catequizadas y dispuestas á entrar en el seno de la Iglesia.”

Esos dos hombres verdaderos filósofos por su vasta inteligencia, verdaderos conquistadores por la inmensidad de las regiones que ocupaban, y sobre todo, verdaderos bienhechores, verdaderos apóstoles por la mision que tomaban á su cargo; esos dos hombres, repito, santamente apasionados, después de largas conferencias, se abrazaban, se bendecian mutuamente; después no pensaban mas que en llenar, con ayuda de Dios, la mision que á cada uno tocaba. El padre Knio partió en busca de los habitantes de la costa de Pimeria y de Sonora, á fin de penetrar en el interior de esas provincias y de proveer de víveres la California. En el siguiente año visitó el Soba, canton del país de Pimas, hizo construir allí en 1694 un pequeño buque, penetró en la bahía de santa Sabina y fundó en el interior del país la mision de la Concepcion de Caborca. En 1698, el padre Eusebio deja la mision de los Dolores, llega al Gila, pequeño rio en que desagua el de Ascencion formado por los rios Verde y Salado. Visitó las comunidades de los catecúmenos, atravesó una extension de ochenta leguas, descubrió una especie de oasis abundante en bosques y

agua dulce (1) y reconoció la costa meridional de la bahía de Sta. Sabina; volvió, en fin, á los Dolores después de un viaje de trescientas leguas, á través de un país salvaje, sin cultivo, sin religion, sin civilizacion.

Al año siguiente este hombre intrépido volvió á emprender sus peregrinaciones apostólicas; vedlo caminando de nuevo por parajes desconocidos ó peligrosos. Se ocupó en afianzar en la fe á sus queridos catecúmenos, en enseñarles nuevos medios de subsistencia iniciándolos en algunos secretos de nuestras artes é industria. Se trasladaba á veces á otros puntos en que las tribus estaban próximas á rebelarse, á consecuencia de falsos informes y de calumnias. Las apaciguaba y las dejaba satisfechas y tranquilas.

## CAPITULO XI.

### LOS APACHES.

Después de eso el padre se presentó con dos compañeros, los padres Antonio Leal y Francisco Gonzalva entre los apaches que habian manifestado deseos de ver y oír al padre Knio. Los apaches son considerados aun hoy como

1 La bahía llamada Sta. Clara.

la mas feroz de las tribus. Hé aquí lo que decia hace poco el viajero Patricio Dillon (1).

“El cuerpo que mandaba el coronel X..... compuesto de buenos rancheros del Oeste, llegó á Durango, ciudad fortificada de México, que cuenta mas de 35,000 almas y encontró la poblacion en la mayor consternacion. Habiéndose presentado los indios de la tribu de los apaches que habitan los bordes del Colorado el dia anterior en número de 500, amenazaron á la ciudad con el pillaje á menos que se les entregasen desde luego cincuenta mujeres y otras tantas jóvenes. Los degenerados descendientes del gran Cortés tiemblan al solo nombre de apache; así los habitantes de Durango consintieron, después de una débil oposicion, en las condiciones de los salvajes, y se volvieron al Colorado llevando consigo las mujeres y todos los ganados que encontraron al paso (2).”

1 La California en los últimos meses de 1849, “Revista de ambos mundos,” por Mr. Patriu Dillon, Enero de 1849.

2 La tribu de los apaches es la mas considerable y la mas belicosa de todas las tribus salvajes de Nuevo México. Está dividida en muchas hordas y ocupa una inmensa extension. La provincia de Chihuahua es el teatro ordinario de sus destrozos. Ni una sola de las poblaciones de ese territorio floreciente en otra época, escapa de las depredaciones de esa banda de merodeadores. El gobierno con su debilidad parece fomentar su audacia.... Los apaches reputen de tal manera sus invasiones devastadoras que han obligado á multitud de hacendados á abandonar sus pose-

El padre Knio partió en 1700 de su mision de los Dolores, recorrió un espacio de 200 leguas por la costa del Colorado (1) y por los cantones de los yumas y de los quinquimas. En el camino encontró tanto número de indígenas, que el español que lo acompañaba temió y huyó. Llegado á un parage en que el Colorado ofrece una lat. de 600 pies, el padre vió con sorpresa que los indios lo pasaban á nado, llevando delante y asidos á una especie de embarcaciones formadas de yerbas y de juncos á que dan el nombre de corystas, de tal modo unidas entre sí, que el agua no puede penetrar en ellas. Colocan en estas embarcaciones sus provisiones que se componen de dos fanegas de maíz. Por su parte, el padre Eusebio, no menos industrioso, construyó con ramajes una especie de balsa en la cual atravesó el río con grande admiracion de los salvajes. Llegado al lado opuesto, encontró tribus enteras (2) á las cuales anunció la buena nueva por medio de un intérprete. Se

siones, y el vasto país que se extiende entre Nuevo-México y Durango, está ahora completamente despojado.

(Journal of a trade) "Revista británica," Julio de 1848.

1 Que separa la antigua California del Norte de Sonora. Los jesuitas le dieron el nombre de "mar Lauretano, ó mar de Loreto," se le llamó tambien mar Bermejo y mar Rojo. El padre Knio exploró aun esos países con los padres Antonio Leal y Francisco Gonzalvo.

2 Quinquimas, Coanopas, Bagiopas y Cerguanes.

dirigió á la residencia del cacique de los quinquimas, á tres leguas de la ribera; recorrió en seguida un país muy boscoso y cuyo suelo le pareció propio para el cultivo y los pastos. Dió á este país, de cerca de diez mil almas, el nombre de la Presentacion de Nuestra Señora. Satisfecho de ese descubrimiento se volvió, visitando de paso las poblaciones que habia fundado.

En Febrero de 1702 el padre Knio, semejante á un mercader alentado por sus ganancias ó á un sabio que trata de certificarse por sí mismo de los hechos, emprendió un nuevo viaje al interior del país. En esta vez un compañero animoso quiso asociarse á sus peligros; este compañero fué el padre Martin Gonzalez. Los indios acudieron de todas partes á su encuentro. Visitaron á san Dionisio (mision de este nombre), situada entre la confluencia de dos rios, y le pusieron el nombre de san Rudesindo. Los salvajes les dieron muchas pruebas de amistad y acariciaban á los animales que los padres llevaban consigo. El padre Gonzalez se conmovió mucho en vista de semejantes testimonios de afecto, y derramando lágrimas les distribuyó sus propios vestidos. Esas buenas gentes pusieron en conocimiento de los misioneros, que estaban á diez leguas del mar del Sur. Se pasó la noche en la embocadura misma del río, en donde el agua les llegaba hasta el lecho; fué preciso renunciar á construir una balsa. ¿Cómo serian colocadas en ella las bestias de carga? La anchura del río, la rapidez de la cor-



riente y sobre todo la fatiga y el cansancio del padre Martin se oponian á ello. El padre Knio tuvo que renunciar por la misma razon al reconocimiento que se habia propuesto hacer de la costa hasta S. Marcelo; condujo, pues, al padre Gonzalez á la mision de Tibutama, adonde murió el santo jesuita victima de un celo á que no correspondieron sus fuerzas.

En los siguientes años el padre Eusebio se ocupó de asegurar y extender el establecimiento de las misiones de Pimeria, á pesar de las persecuciones de todo género con que se le oprimia lo mismo que á sus neófitos. Sin desalentarse continuó presentándose en todos los cantones de esa vasta comarca. En 1706 volvió á las riberas del Colorado, acompañado de algunos militares de Sonora encargados de reconocer el país. Se les agregó un franciscano, el padre Manuel de Ojuela. Concluida esta exploracion regresó el padre Knio á su mision animado siempre del mas santo celo, arrojando siempre los peligros, sobreponiéndose á los obstáculos, hasta que habiendo por último desahogado su noble tarea, rendido de fatiga pero no cansado de emprender conquistas espirituales, fué á descansar en el seno de Dios.

“A la infatigable perseverancia del padre Knio, dice Mr. Ferdinand Denis, debe la geografia los conocimientos positivos que tenga sobre la California. En 1698 partió para asegurarse de la mision de esta region con la Nueva España; penetró en todos los puntos que baña el golfo y no paró sino cuando hubo recorrido

casi trescientas leguas por medio de un país erizado de montañas. Salviatierra y Piccolo recibieron la circunstanciada relacion de esa grande exploracion.

“Los misioneros tuvieron mucho que sufrir por la altanería y orgullo de cierto capitan llamado Escalante; su conducta obligó al padre Salviatierra á reemplazarlo con D. Esteban Rodriguez Lorenzo, portugués. Escalante, movido por las consideraciones del visitador, quiso permanecer en la California como simple soldado hasta el momento en que fué nombrado capitan segundo, jefe de Nacosis.

El padre Knio se habia asociado á un valiente capitan que la Francia reclama como hijo; se llamaba Juan Matias Mauge. Penetró con él por en medio de las tribus salvajes pertenecientes á la raza feroz de los apaches, aunque sin fruto para las misiones. Un gran problema le preocupaba; queria saber ante todo si la California comunicaba con la Nueva España como se habia creído al principio, ó si el golfo, extendiéndose mas hácia el Norte, se dividia en el mar del Sur sobre el cabo Mendozino, formando una grande isla como pretendian algunos marinos aun en tiempo del capitan Francisco Drake.

“A pesar de sus generosos esfuerzos, no estuvo reservado al cosmógrafo de Ingolstadt el disipar esa gran duda geográfica. En 1699, habiendo recibido el padre Piccolo nuevas noticias que le comunicaron los indigenas, marchó hácia el Sur de Loreto, y después de muchos

trabajos llegó á la cumbre de una alta montaña desde la cual podia verse los dos mares. La configuracion de las costas de la California se desplegaba á los ojos con toda su majestad (1)."

La California, no obstante, era tan poco conocida, los recursos que ofrecia eran apreciados de una manera tan vaga, que el infatigable padre Knio no abandonaba sus proyectos de exploracion á fin de extimular el celo del gabinete de Madrid y el interés del virey de México. Todo estaba por hacer bajo el punto de vista topográfico, puesto que se habian perdido los apreciables trabajos de Vizcaino, y se ignoraba, á pesar de los descubrimientos del padre Piccolo, si esa region estaba unida al continente por alguna parte. Durante dos expediciones que se hicieron de 1700 á 1701, el intrépido misionero obtuvo en fin la solucion de ese gran problema. Acompañado siempre de su fiel asociado, caminó por sendas casi impracticables hasta el fondo del golfo, y pudo ver por medio de un telescopio, en la altura de una montaña, al Colorado, cuya corriente undulante iba á pasar al mar. Mas tarde, en union del padre Salvatierra, se dirigió hácia el Norte. El 19 de Marzo de 1701 ascendieron á una montaña y descubrieron el mar con la simple vista natural, la costa opuesta del golfo y las montañas de la California; parecia, pues, que se tenia certeza. Los atrevidos exploradores querian tener la mayor y al

1 "Universo pintoresco." California, por Ferdinand Denis.

efecto subieron á otra montaña (á los 32°, 35') desde la cual percibieron distintamente la cordillera de la California, y por último las serranías del Mescal y de Azul.

## CAPITULO XII.

### EL PADRE UGARTE.

El padre Ugarte, y su compañero el padre Salvatierra, continuaban luchando en Loreto con vigor y resultado contra las dificultades de todo género que los rodeaban; el padre Juan María envió desde luego al padre Piccolo á Nueva España, después á S. Javier; el padre Ugarte se dedicaba á estudiar la lengua indígena á fin de ayudar al padre Salvatierra. El capitán Garcí de Mendoza esperaba impaciente la llegada de una orden de México que le eximiese de la autoridad de los padres, pero tal orden no llegó. Por lo mismo continuó la opresion contra los indios, y en consecuencia los funestos trabajos que se les imponian para la pesca de perlas. Tutores de esos pueblos en la infancia, los padres los protegian, contra las inicuas torturas de que eran víctimas, con heroica firmeza. D. Garcí no encontró otro medio que el de abandonar su empleo y embarcarse; pero el